The background of the cover is a vibrant blue door with a classic brass knocker and a mail slot. The door is framed by a decorative border of autumn leaves in shades of green, yellow, and orange. The text is centered on the door.

EMILY GUNNIS

EL
SECRETO
DE LA
MANSIÓN
DE
YEW TREE

DOS FAMILIAS UNIDAS POR LA TRAGEDIA.
UNA MUJER ACUSADA TIENE LA CLAVE.

LIRA

Vuelve a emocionarte

LIRA

El secreto de la mansión de Yew Tree

Emily Gunnis

Traducción de Gemma Benavent

LIRA

Contenido

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Árbol genealógico

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo

Agradecimientos
Nota de la autora
Sobre la autora

Página de créditos

El secreto de la mansión de Yew Tree

V.1.1: Octubre, 2022

Título original: *The Midwife's Secret*, publicado originalmente por Headline Review, un sello editorial de Headline Publishing Group.

© Emily Gunnis Ltd, 2021

© de la traducción, Gemma Benavent, 2022

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2022

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial en cualquier forma.

Se declara el derecho de Emily Gunnis a ser reconocida como la autora de esta obra.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: tupungato - iStock

Corrección: Isabel Mestre

Publicado por Lira Ediciones

C/ Aragón, 287, 2.º 1.ª

08009, Barcelona

info@liraediciones.com

www.liraediciones.com

ISBN: 978-84-19235-05-3

THEMA: FFH

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

El secreto de la mansión de Yew Tree

La apasionante historia de dos familias y el terrible secreto que las une

En la Nochevieja de 1969, mientras los Hilton preparan la fiesta de fin de año en su mansión de Yew Tree, su hija pequeña, Alice, desaparece. Las sospechas recaen en Bobby James, un joven granjero que fue la última persona que vio con vida a la pequeña. Bobby defiende que es inocente, pero es castigado de todos modos. El cuerpo de Alice no se localizará nunca.

En la actualidad, Willow James trabaja como arquitecta en un proyecto de remodelación de la zona y descubre que la tierra guarda un secreto. Pronto halla una maraña de injusticias y mentiras y, cuando otra niña de los Hilton desaparece en el mismo lugar, Willow comprende que la única forma de evitar que la historia se repita es rectificar un terrible error del pasado.

Durante décadas, el destino de las familias Hilton y James ha estado entrelazado en las tierras de Yew Tree. Todo comenzó con el secreto de una comadrona, condenada en 1919 por un espeluznante crimen...

«Esta novela llegará al corazón de los lectores. Estamos ante una historia apasionante y desgarradora de amor, lealtad y secretos familiares. Me recordó a los libros de Kate Morton y de Eve Chase.»

Fictionophile

Qué han dicho de los libros de Emily Gunnis

«Una novela totalmente adictiva, llena de giros argumentales y venganza.»

Heat

«Una novela emocionante, llena de sorpresas y conmovedora. Esta historia permanecerá en el corazón del lector mucho tiempo. Me atrapó por completo.»

Sophie Kinsella, autora *best seller*

«Un libro totalmente apasionante, poderoso y con una tensión muy bien construida. La trama está llena de emociones y es conmovedora. Le doy cinco estrellas.»

Adele Parks, autora *best seller*

«¡Me ha encantado! Qué tensión y cuántas emociones.»

Jenny Ashcroft, autora

«No podrás dejar de leer. Esta novela tiene un ritmo rápido y una trama brillante, aunque triste en algunos momentos; en definitiva, todos los ingredientes de un best seller.»

Lesley Pearce, autora

«Una lectura realmente brillante y conmovedora. Me ha encantado.»

Karen Hamilton, autora

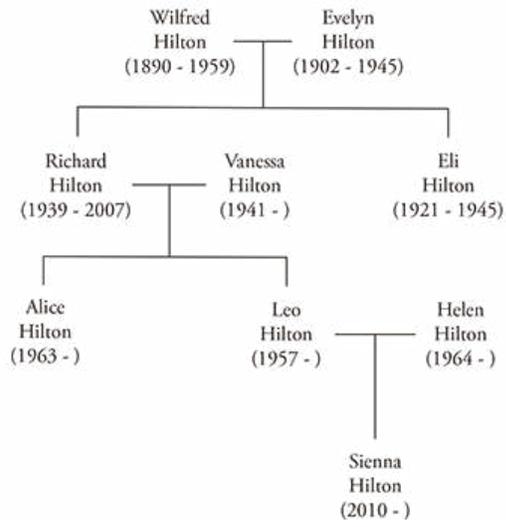
«Una novela cautivadora y llena de suspense.»

Jessica Fellowes, autora

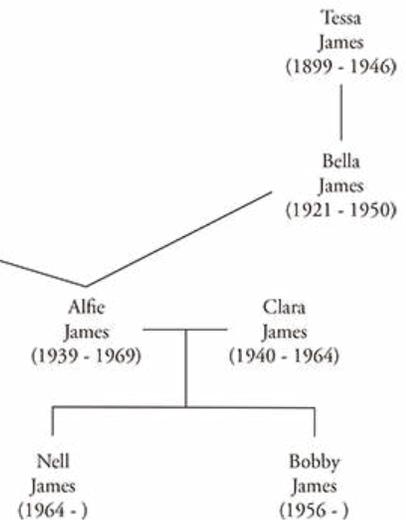


Para Grace y Eleanor, mi inspiración

Mansión de Yew Tree



Casa de la Rectoría



«Nadie hace más daño a la
fe católica que las comadronas.»

Heinrick Kramer y Jakob Sprenger,
Malleus Maleficarum

—

«Los que son amados no pueden morir,
pues el amor es inmortalidad».

Emily Dickinson

Prólogo

*Lunes, 8 de enero de 1945
Kingston near Lewes, Sussex Oriental*

—Ya están aquí.

Tessa James se asomó a la ventana de la habitación en el momento en el que dos coches de policía aparcaban frente a la Rectoría. Las ráfagas de sus luces la sobresaltaron y la hicieron correr hacia su nieto de seis años, que temblaba de terror sentado en el descansillo.

—Baba, tengo miedo. No quiero estar solo en la oscuridad.

Cuando Alfie la miró fijamente, con esos ojos azules como el hielo de la familia James, sintió que el niño veía a través de ella.

El pequeño la tomó de la mano mientras ella movía el último escalón del rellano para revelar una pequeña habitación oculta bajo las escaleras: un «agujero de cura» lo bastante grande para colocar un colchón y poco más; lo había descubierto casi por accidente al mudarse a aquella casa de campo prácticamente abandonada, cuando estaba embarazada de la madre de Alfie, más de dos décadas atrás.

—Entra, corre —le urgió.

Como no tenía otra opción, el pequeño se metió de mala gana. Después, se giró para mirarla y se echó a llorar con las mejillas enmarcadas por el pelo negro.

—Alfie, escúchame, no salgas de aquí si no es absolutamente necesario. Debes permanecer escondido. Tienes provisiones para cinco días. Le he enviado un telegrama urgente a mamá, y ya sabe que estás aquí. Vendrá a por ti antes de eso; quizá incluso mañana.

—¿Y si no viene? ¿Qué hago entonces? —dijo entre sollozos.

—Vendrá, Alfie.

Tessa le limpió las lágrimas. Necesitaba volver a colocar el escalón que hacía de tapa de la habitación oculta antes de que la policía irrumpiera y viera la entrada secreta. Con la madre de Alfie trabajando como sirvienta en Portsmouth, Wilfred Hilton no dudaría en mandar al pequeño —su nieto ilegítimo— al otro lado del océano para que nadie volviera a verlo o a oír hablar de él.

—¿Me lo prometes, Baba? Porque sé que siempre cumples tus promesas.

Las lágrimas le dejaron surcos en las mejillas manchadas de barro por haber estado jugando en el campo durante la mañana. Había corrido dentro para escapar de la lluvia casi al mismo tiempo que Sally, la criada de la casa de los Hilton, había llegado y aporreado la puerta de la Rectoría con la ropa empapada.

—Tiene que venir, señora James —le había pedido, con los ojos llenos de pánico y entre jadeos por haber corrido a través de los bosques que conectaban la mansión de Yew Tree y la Rectoría, donde vivían—. La señora Hilton está de parto y el bebé está atascado. El doctor dice que la madre morirá si no nace pronto. Ha pedido que viniéramos a por usted. No sabe qué hacer.

A Tessa se le revolvió el estómago al pensar que Evelyn Hilton estaba sufriendo tanto a manos del doctor Jenkins.

—Sally, sabes que el señor Hilton me ha prohibido acercarme a su esposa. No he tenido consultas con la señora Hilton. Traer al bebé al mundo sano y salvo es tarea del doctor.

—Por favor, el doctor me ha suplicado que viniera aquí —explicó Sally—. Me ha dicho que le contará al señor Hilton que exigió su presencia y que cargará con todas las consecuencias. Por favor, señora James, hay mucha sangre. Dice que usted es la única que puede salvarla. Ambos morirán si no viene. Creí que no podía soportar más sus gritos, pero ahora que está en completo silencio es mucho peor.

—¿Dónde está el señor Hilton? —quiso saber Tessa.

—Se ha marchado en el coche después de su discusión sobre el arrendamiento de la Rectoría. Verá, esta mañana han recibido un telegrama que decía que el señorito Eli ha muerto en combate. La señora Hilton estaba muy triste, y ha roto aguas poco después de que el señor Hilton se fuera. He llamado al doctor Jenkins, como me habían ordenado, pero el bebé viene de nalgas y el doctor dice que no se lo esperaba. No deja de gritarme que busque al señor. Y lo he buscado por todas partes en Kingston: en La Rosa y La Corona, y en los establos. He mirado en todos lados, pero ha desaparecido. —La chica estaba muy nerviosa y empezó a sollozar—. Por favor, no la deje morir, señora James. ¡Por favor! —Tiró del brazo de Tessa y la acercó a la puerta—. Richard solo tiene seis años; quedará huérfano de madre.

Eli Hilton había fallecido. Tessa todavía no se lo creía. El amado de Bella y padre de Alfie había muerto en la guerra ahora que estaba a punto de terminar. Había estado presente cuando Eli llegó al mundo y, poco después, ella misma dio a luz a Bella, y ambos habían sido inseparables desde entonces. Eli había sido como un hijo para ella y, mientras la joven criada la observaba de pie bajo la lluvia, Tessa notó que le faltaba el aire. Pero no había tiempo para

reaccionar, ni para gritar, ni llorar, ni lamentarse. La necesitaban.

—Alfie, quédate aquí calentito y mantén vivo el fuego — le pidió mientras se ponía las botas militares negras y se enrollaba el chal sobre los hombros antes de sumergirse en la tormenta.

Había traído a los otros dos bebés de Evelyn, Eli y su hermano pequeño Richard, sanos y salvos al mundo, pero ambos partos habían sido complicados. Los alumbramientos de Evelyn parecían no tener fin. Era menuda y su canal del parto, estrecho, por lo que asistirle requería de paciencia, algo de lo que Tessa estaba convencida que carecía el doctor Jenkins. Había que moverla durante el parto y había dado a luz a ambos bebés a cuatro patas en el suelo de su dormitorio, en la mansión de Yew Tree. Temía que el doctor Jenkins la hubiera atado con estribos a la cama y hubiera empleado fórceps para sacar al bebé.

Mientras corrían desde donde limitaba el bosque hasta el camino de piedra de la inmensa mansión de estilo georgiano, el recuerdo de la discusión con Wilfred Hilton esa misma mañana hizo que Tessa se entristeciera. «Los quiero a usted y a ese niño bastardo fuera de la Rectoría y de mis tierras —le había dicho—. Ha traído la vergüenza a la Iglesia y a mi familia. Veo cómo trata de esconder a las mujeres a quienes provoca abortos. ¿Creía que no me daría cuenta si las traía en mitad de la noche? Es usted una vergüenza, señora James, con sus secretos, sus hierbas y sus medicamentos orgánicos. Necesitamos médicos de verdad, como el doctor Jenkins, no hechiceras que odian a Dios, como usted, y que extienden su odio hacia las buenas prácticas médicas en nuestra comunidad como si de un cáncer se tratara.

Desde que se había convertido en comadrona, las mujeres le habían preguntado cómo podían deshacerse de

los bebés que crecían en su interior. Siempre las había escuchado con empatía, pero sabía que era ilegal: se encarcelaba a toda persona que llevara a cabo un aborto. Sin embargo, no era la ley lo que la disuadía, sino sus instintos (había dedicado su vida a salvar las vidas de los bebés, no a acabar con ellas), por lo que, en su lugar, les ofrecía consuelo. Escuchaba sin juzgar, ya que sabía que una mujer tenía sus motivos para no querer tener un bebé. Quizá ya tenía demasiados a los que cuidar, o estaba tan enferma de haber traído a tantos al mundo que otro la mataría y, sin ella, ¿qué pasaría con sus otros hijos? Les daba hierbas que se recomendaban para forzar las menstruaciones, pero la mayoría no funcionaban. Algunas estaban tan desesperadas que amenazaban con suicidarse. Esas eran las que más le preocupaban. Si no las ayudaba, quizá beberían lejía o intentarían provocarse el aborto con una aguja de coser o una de punto de cruz, o con cualquier otro medio que solía tener horribles consecuencias. Era un mundo de hombres, y pocos sabían lo mucho que su disfrute las hacía sufrir.

—¿Y qué aprendió el doctor Jenkins en la escuela de medicina? —le había respondido a Wilfred Hilton—. ¿Cuántos partos ha asistido? Allí no aprendes a calmar a una madre que apenas tiene la edad para serlo y que está a punto de morir a causa del dolor del parto. O a una mujer que es incapaz de dar a luz porque su vagina es demasiado estrecha.

—¡Debería darle vergüenza, señora James! Ha embrujado a las mujeres de este pueblo con esa lengua. La quiero fuera de aquí mañana.

El pensamiento de la hemorragia la animó a cruzar la casa y subir las escaleras hacia la habitación de Evelyn. El bebé se había dado la vuelta y Evelyn estaría débil a causa de la pérdida de sangre, quizá incluso sería incapaz de

hacer fuerza para sacar al pequeño. No importaba lo que Tessa pensara de Wilfred Hilton: debía ayudar a su amiga.

Pero nada la habría preparado para la escena que encontró en cuanto entró en la habitación. Jamás había visto tanta sangre en los treinta años que había ejercido como matrona. Las sábanas blancas bajo Evelyn y su propio camisón de color marfil estaban completamente teñidos de rojo. Su amiga yacía en el centro de la cama con dosel, pálida e inmóvil, con las piernas atadas con los estribos mientras el doctor tiraba de las piernas del bebé, que aún tenía la cabeza en el interior de su madre.

—¡Por el amor de Dios, haga algo! —gritó el médico en cuanto la vio—. Los hombros están atascados. No puedo sacar al bebé. La he cortado, pero no funciona. —La miraba fijamente mientras jadeaba por el esfuerzo, con sangre hasta los codos.

Tessa se precipitó hacia Evelyn y le bajó las piernas de los estribos. Con solo mirarla, y por toda la sangre que había, supo que ya era tarde para salvarla. Pero las piernas del bebé se movían; aún había esperanza para el niño. Se apresuró a buscar el hombro del bebé por el abdomen de Evelyn y le presionó la barriga justo por encima del hueso pélvico.

—¿Qué está haciendo? —El doctor jadeó con el rostro aún enrojecido y cubierto de sudor.

—Le he dislocado el hombro al bebé —respondió Tessa—. Ayúdeme a poner a Evelyn a cuatro patas.

El doctor la miró con los ojos como platos.

—¡No lo haré! ¡No quiero tener nada más que ver con esto! —Recogió su bolsa y salió a toda prisa de la habitación con la camisa blanca salpicada con la sangre de Evelyn.

Tessa vio cómo se marchaba, consciente de lo que eso significaba: que la culparía por lo que él había hecho y que su trabajo como comadrona estaba acabado. Miró a Evelyn

y después a Sally, que estaba encogida en el pasillo mientras lloraba en silencio.

—¡Ayúdeme! —espetó, paralizada por el terror—. Sally, usted me ha rogado que viniera. Por favor, la señora Hilton la necesita. —La joven miró a Tessa, asintió y caminó hacia ella.

Juntas giraron a Evelyn y Tessa le introdujo las manos en la vagina para darle la vuelta al bebé con gran esfuerzo.

—Evelyn, empuja —le susurró a su amiga en el oído a la vez que venía la siguiente contracción.

Evelyn empleó la poca fuerza que le quedaba para empujar y Tessa tiró tanto como pudo hasta que el bebé salió: era una niña preciosa que tenía los miembros largos y pálidos y los labios de rosa teñidos de azul.

Pasaron unos minutos eternos. Sally lloraba en una esquina y Tessa se sentó en el suelo para hacerle el boca a boca a la bebé mientras le frotaba el suave abdomen en un intento desesperado por insuflarle algo de vida. Al final, se dio por vencida y alzó la mirada para comprobar que Evelyn había dejado de respirar.

No sabía con exactitud cuándo había entrado Wilfred Hilton en la habitación, con el doctor Jenkins pisándole los talones, pero nadie gritó ni estalló de rabia; el hombre la ignoró por completo y caminó despacio hacia su mujer. Observó su piel blanca como la porcelana y después a su hija sin vida antes de cubrir el rostro de Evelyn con una sábana. Tessa se levantó con piernas temblorosas y dejó el cadáver del bebé en la cuna que estaba junto a la puerta.

—¿Qué hace Tessa James aquí, doctor Jenkins?

—Ha entrado por la fuerza, señor Hilton. Cuando me he marchado, la señora Hilton y el bebé estaban muy vivos —dijo el doctor.

—Sally, llama a la policía —ordenó Hilton.

El miedo se adueñó del corazón de Tessa. Solo podía pensar en Alfie sentado junto al fuego en la Rectoría; el

nieto del que el señor Wilfred Hilton renegaba y del que quería deshacerse con todas sus fuerzas.

—¡Quédese aquí, señora James! —gritó Hilton, pero ella no titubeó. Sabía lo que tenía que hacer, por lo que se abrió paso a empujones entre los dos hombres, bajó las escaleras a toda prisa y se dirigió hacia el camino. No se detuvo hasta que llegó a la oficina de correos de Kingston y, con la ropa y las manos aún manchadas de la sangre de Evelyn, escribió un telegrama urgente a su hija en Portsmouth.

Mi querida Bella. Ven enseguida. Alfie te espera en nuestro sitio secreto. Mamá. X

Las piernas le temblaban mientras corría hacia la Rectoría, donde encontró a Alfie dormido en el suelo junto al fuego.

Bam. Bam. Bam.

—¡Policía, abran la puerta!

—Baba, prométemelo y te creeré —dijo el pequeño, que la miraba con ojos suplicantes desde la habitación secreta.

Tessa se detuvo, temerosa de que la promesa se convirtiera en una mentira, pero era mucho peor dejar a un niño de seis años solo en la oscuridad, durante días, preocupado por si nadie iba en su busca.

—Te lo prometo —respondió al final, pues había decidido que, si Bella no regresaba al pueblo en cinco días, llamaría a la policía para contarles dónde estaba Alfie. Esperar más tiempo sería sentenciar al pequeño a una muerte segura. Tessa haría todo lo que estuviera en su mano para evitar que acabara en el orfanato al que Wilfred Hilton había planeado enviarlo, pero jamás habría puesto en riesgo su vida.

Se inclinó hacia el niño y tomó sus mejillas entre las manos.

—Alfie, si alguien te ve, te alejaran de aquí. Y Wilfred Hilton se asegurará de que te escondan en algún lugar donde tu madre no te encuentre jamás. Esta es nuestra única esperanza.

Bam. Bam. Bam.

—Sabemos que está ahí dentro, señora James. ¡Abra!

—Tienes que ser valiente. Toma la llave y enciértrate dentro. —Se quitó la llave ornamentada con un sauce que llevaba alrededor del cuello y se la dio al niño—. Sal siempre que sea necesario, pero intenta no hacerlo —añadió con firmeza.

Empezó a bajar del tejado a la habitación mientras recordaba el día en que la descubrió. Había planeado barnizar las oscuras escaleras de madera de caoba y las había estado lijando. Tuvo que hacer especial fuerza en el último escalón, donde algo hizo clic y se abrió con un resorte. Tomó una vela y se adentró. Era un espacio estrecho, lo bastante grande para tumbarse, pero, por alguna razón, no resultaba claustrofóbico. Al final había una pequeña ventana hecha de ladrillos de vidrio azul del mismo tono que los penetrantes ojos de Alfie y Bella, y la habitación daba la sensación de ser una casa del árbol, una guarida, un refugio. De inmediato, se le ocurrió que podría emplearlo en su trabajo para aquellas mujeres que necesitaran algún lugar en el que esconderse mientras se recuperaban de los estragos del parto o de un aborto. Mujeres que no podían permitirse regresar a casa con sus familias avergonzadas o sus maridos violentos.

Bam. Bam. Bam.

—Abra la puerta, señora James, o la echaremos abajo. Tiene diez segundos. Diez...

Tessa miró a su nieto de solo seis años, a quien le corrían las lágrimas por las pálidas mejillas.

—Eres un James, Alfie. Te quiero. Debes ser fuerte.

El niño le devolvió la mirada y, de repente, de la nada, la fuerza superó al miedo y su pequeño cuerpo se alzó a raíz de la desesperación; la confianza y el valor lo apuntalaron mientras se erguía para dejar marchar a su amada abuela.

—¿Más que a todas las estrellas? —murmuró a la vez que se limpiaba las lágrimas con la manga.

—Cinco...

—Más que a todas las estrellas y a la Luna. Aguanta, mamá está de camino. Permanece en silencio, mi amor. — Le besó en la cara una y otra vez y notó el sabor salado de las lágrimas.

Bam. Bam. Bam.

—¡Ya voy! —gritó. Cerró la puerta del agujero y esperó hasta que el pequeño puso el pestillo. Clic.

—Tres...

—Ya voy. Por favor, no destrocen mi puerta —exclamó.

—Dos...

No había pasado ni una hora desde que había estado junto a la cama de Evelyn, desde que su amiga se había desangrado hasta la muerte frente a ella. Desde que había dejado al bebé sin vida de Evelyn en la cuna, a su lado.

—¡Uno!

Abrió la puerta principal y los focos de dos coches de policía la cegaron de inmediato a la vez que cuatro agentes irrumpían en su pequeña cocina iluminada por el fuego.

—Tessa James, queda arrestada bajo sospecha por el homicidio de Evelyn Hilton. Tiene derecho a permanecer en silencio, pero cualquier cosa que diga podrá emplearse como prueba ante un tribunal de justicia.

—¿Dónde está el niño? —exigió uno de los agentes mientras sus compañeros pasaban junto a ellos y se dirigían a las escaleras.

—Con su madre —respondió Tessa en voz baja.

—Tenemos instrucciones de llevarlo con su tutor, Wilfred Hilton —espetó el policía.

—Bueno, no podrá ser. Se ha marchado —dijo Tessa.

—¿Cuándo? Sabemos que su hija trabaja en Portsmouth. ¿Cómo ha llegado hasta allí tan rápido?

—No hay rastro de él. —Otro policía, que se había quedado sin aliento de buscar por la casa, apareció junto a ellos.

—Lo he subido a un tren.

—Tiene seis años. —Un agente que tenía bigote y un fuerte aliento se inclinó y miró fijamente a Tessa a los ojos —. Nos está mintiendo, señora James. Está aquí. —Se giró hacia sus compañeros—. Llévala a la comisaría y que pase la noche en una celda; la interrogaré por la mañana. Esperaré aquí toda la noche, si es necesario, hasta que el niño salga de su escondite.

A Tessa le fallaron las piernas de la impresión y el cansancio a medida que tomaba conciencia de que esa sería la última vez que pisaría el umbral de su amado hogar. Era la palabra del doctor Jenkins contra la suya, y Wilfred Hilton haría todo lo posible por respaldarlo.

Jamás regresaría a la Rectoría.



A través de la ventana de vidrio azul, Alfie vio en silencio y aterrorizado cómo el coche de la policía arrancaba y se alejaba con su abuela dentro. Permaneció sentado en la oscuridad durante horas. Apenas se atrevía a respirar mientras la policía atronaba a su alrededor, gritaba su nombre, pisaba con fuerza el suelo y golpeaba las paredes hasta que, al final, todo se volvió silencioso.

Aun así, Alfie permaneció callado, pues, gracias a la ventana de ladrillos de cristal que había en su habitación

secreta, sabía que había otro coche aparcado fuera.

Se tumbó en la oscuridad mientras pensaba en su madre. Con la salida del sol, rezó con todas sus fuerzas para que le entregaran el telegrama que Baba había mandado esa misma mañana, se diera prisa en hacer la maleta y tomara el primer tren a Kingston para ir a por él antes de que llegara otra noche larga y aterradora.

Capítulo 1

Vanessa

Jueves, 21 de diciembre de 2017

Vanessa Hilton, de pie a la entrada del bosque que unía la mansión de Yew Tree y la Rectoría, bajó la mirada hacia los campos, donde se encontraba la casa en ruinas tras la que salía el brillante sol de aquella mañana de invierno.

Los constructores la habían acordonado con cinta blanca y roja, y una inmensa grúa amarilla se alzaba con una bola de demolición a la espera de golpear las paredes del edificio protegido, que su hijo Leo todavía no tenía permiso para echar abajo.

Un par de hombres con cascos y carpetas señalaban el tejado y se paseaban por el exterior de la casa. Era evidente que planeaban su caída. La Rectoría estaba en el centro del área que Leo le había dicho que iban a despejar para construir diez casas adosadas. No había duda de que todos ganarían mucho dinero con esto, pero ella no recordaba que le hubieran pedido permiso para llevar a cabo el proyecto. O quizá lo habían hecho y lo había olvidado. Para ella, los constructores eran como tiburones que nadaban en círculos alrededor de su presa, pues sus

ansias por deshacerse de la vieja casa eran demasiado obvias.

Vanessa se miró los zapatos negros de cuero, empapados, y se percató de que no sentía los pies. No llevaba el calzado adecuado para caminar; tampoco se acordaba de por qué había salido de casa. Quizá solo quería ver a su nieta Sienna. Tal vez deseaba alejarse de los hombres que estaban recogiendo sus cosas.

Se sentía cansada de intentar recordar a todas horas. El médico le había dicho que tuviera paciencia. Que le resultaría difícil acordarse de los nombres de las personas y que habría palabras que se le quedarían en la punta de la lengua, pero que el pasado lejano permanecería completamente intacto en su mente: recordaba aquello que deseaba olvidar y olvidaba todo lo que anhelaba recordar.

Supuso que debía de haber hablado con su familia sobre la venta de la propiedad, pero no recordaba la conversación, solo una sensación de malestar por todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor, como si la marea se hubiera desbordado y nadie pudiera detenerla. Había conversaciones que escapaban de su control, los hombres de la mudanza iban y venían y los arquitectos realizaban reuniones en la cocina. La impotencia y la preocupación se cernían sobre ella como una sombra, al principio del día con una frívola sensación de inquietud que la invadía poco a poco hasta que, a la hora de irse a dormir, apenas podía respirar por el temor a olvidar. Sabía que debía marcharse, pero desconocía el motivo.

—¡Mamá! ¿Estás ahí fuera?

Oía cómo Leo la llamaba, pero lo ignoró. La casa estaba abarrotada, llena de actividad y atestada de personas que planeaban su demolición. Se sentía como una araña a la que barren con una escoba para echarla por la puerta; todos eran amables, educados y le ofrecían infinitas tazas de té cuando era evidente que solo deseaban deshacerse de

ella y de las pertenencias de toda una vida de la manera más rápida y eficaz posible. No dejaba de preguntarle a Leo dónde se mudaban, pero jamás recordaba la respuesta.

Se giró y volvió por el bosque, donde los árboles formaban un arco sobre su cabeza. Eran los mismos fresnos bajo los que Alice pasó la noche en que desapareció. En los días de viento como este siempre se removían como si susurraran. Como si trataran de decirle algo. Si solo pudiera preguntarles qué vieron aquella noche, dónde fue cuando desapareció en la nieve... La habrían visto chocar con Bobby, el hijo del vecino y la última persona que la vio antes de que se esfumara. Bobby James. Eran un nombre y un rostro que jamás olvidaría, incluso con la mente nublada.

¿Qué le ocurrió a Alice después de eso? Casi cincuenta años después, ni siquiera se acercaba a descifrar el misterio. Solo sabía que el chico le contó a la policía que su hija de seis años había salido corriendo tras su perrito hacia la Rectoría. Nadie la volvió a ver.

Vanessa echó la que pensaba que sería la última mirada por encima del hombro hacia la vieja casa. Recordaba que la reunión de planificación era al día siguiente —Leo le había hablado de ella esa mañana— y, si conseguían el visto bueno, no perderían el tiempo a la hora de echarla abajo.

Al mirar el frágil edificio a la luz del sol de la mañana, dudaba de que requiriera mucha fuerza. Nadie había vivido en la Rectoría desde la noche del accidente de Alfie James —la misma en que Alice desapareció—. Eso había sido hacía casi cincuenta años y, en ese tiempo, la que una vez fue una casa preciosa, se fue deteriorando poco a poco hasta quedar completamente en ruinas. Ahora atraía a adolescentes y viajeros, que encendían hogueras en el piso inferior mientras se apretaban los unos contra los otros, pues las ventanas y la puerta principal estaban rotas y apenas ofrecían protección contra el viento o la lluvia.

Hacía décadas que ella misma no entraba; le traía demasiados recuerdos de una noche que había pasado una vida intentando olvidar. Durante los primeros diez años tras la desaparición de Alice, había repasado una y otra vez en su mente cada segundo hasta aquel momento: qué no había visto o notado y en qué había fallado para mantenerla a salvo. Se había vuelto loca poco a poco. Ahora ni siquiera podía pensar en ello. Se había cansado de torturarse a sí misma. En cambio, había decidido recordar a Alice en las tierras de la mansión de Yew Tree. En sus largos paseos, imaginaba a la pequeña delante de ella, vestida con su abrigo rojo favorito, mientras le hacía preguntas sin parar, se reía, brincaba y corría. En el fondo de su corazón sentía que Alice todavía existía en algún lugar, en otro mundo, en otro sitio. Sin embargo, Vanessa no tenía permitido visitarla. Aún.

Debería haberse alegrado tanto como Leo de que derrumbaran la Rectoría. La casa era un recordatorio constante de la familia James, que había llegado a sus vidas al final de la Primera Guerra Mundial y había estado unida de manera intrínseca a ellos por la tragedia desde entonces.

Pero, de algún modo, pensar en que iban a demoler el lugar la entristecía más de lo que comprendía. Era una estampa brutal del paso del tiempo, como arrancar el yeso de una pared; el mundo se movía mientras ella seguía congelada en el tiempo.

A medida que se acercaba al otro lado del bosque, empezó a ver la mansión de Yew Tree y Sienna, su nieta de siete años, se dirigió hacia ella a toda velocidad en su bicicleta roja. Se parecía tanto a Alice que le resultaba insoportable. No era solo por el pelo rubio, también por su audacia, su curiosidad y el destello travieso en esos ojos azules.

—Hola, abuela —la llamó—. Papá te estaba buscando.

—¿Ah, sí? —respondió Vanessa—. Ve con cuidado, cariño, que hace frío. ¿Y no tendrías que estar en el colegio?

—Sí, mamá se está vistiendo —respondió la pequeña al tiempo que pedaleaba carretera abajo.

Vanessa soltó un suspiro amargo y el cansancio la invadió. La pesadez de las piernas le hizo percatarse de que llevaba demasiado tiempo fuera de casa, por lo que decidió volver dentro. Mientras atravesaba el umbral y dejaba los guantes, oyó a Leo hablar por teléfono en voz baja desde el estudio.

Al pasar frente al espejo dorado y antiguo de cuerpo entero que habían desatornillado de la pared y apoyado sobre esta, comprendió que la anciana con los hombros encorvados, figura frágil y pelo ralo gris claro era ella. Se detuvo y giró el rostro hacia su reflejo, a pesar de que deseaba darse la vuelta con desesperación.

Jamás había sido una belleza clásica, pero se le daba bien sacarle partido a lo que tenía: unas facciones finas y una sonrisa amplia que jamás le fallaba a la hora de conseguir lo que deseaba. Richard la llamaba Megavatio, pues la noche en que se conocieron le contó que sintió como si le atravesara el corazón un relámpago.

Siempre había sido alta. Su padre le puso el apodo «Palo» porque tenía las piernas y los brazos muy largos y bronceados. Recordaba vivamente cómo los pasaba alrededor de su espalda cuando él la subía a caballito durante sus largos paseos. Al ser hija única, su interés por ella le había otorgado una firme autoestima y un infinito suministro de positividad que no se agotó hasta la noche en que Alice desapareció.

Ahora, su pelo rubio, denso y largo era fino, casi blanco, y lo llevaba corto, a la altura de la mandíbula, en un intento por disimular su frágil estado. Tenía la piel pálida, casi traslúcida, y se le marcaban las clavículas bajo la blusa.